

en «el procesado», en una pieza inconsciente de la maquinaria represiva que, en un enfrentamiento de la célula de Valentín con la policía, cae sin haber logrado recuperar su vida anterior.

Luego de haber sido torturado, una piadosa inyección de morfina sume a Valentín en un estado semionírico, en un sueño en que las versiones cinematográficas de Molina le servirán para acceder a su compañera Marta. Recuperada en el sueño, ésta será su interlocutor: el repositorio de sus preocupaciones y de un discurso que confirma que Molina se ha integrado indeleblemente a su ser. Las «lágrimas como diamantes» remiten a las versiones de Molina; el fin enigmático del film que no se somete a las explicaciones racionales tan ansiadas por Valentín, lo hace más aún. Valentín recupera para Marta la tristeza de Molina como causa de una relación sexual que ya jamás se repetirá. También reconoce que la mujer-araña le ha enseñado a alimentarse y a sobrevivir en la selva, y que desde esa conducta que tanto rechazara ha surgido la posibilidad de fortalecerse para seguir, siquiera en ese sueño corto y feliz, con esos compañeros anónimos —Molina quiso que así lo fueran—, con la esperanza de que Marta tampoco preguntará su nombre y que así la retendrá. En ese mismo sueño también recupera la muerte del compañero/a: sólo Molina habrá sabido si murió triste o contento, si por una causa buena o si «se dejó matar porque así se moría como la heroína de una película, y nada de eso es una cosa buena» (p. 285). Valentín carga con la culpa de esa muerte; también con la interminable tristeza del silencio. En esa celda ya no volverá a dormir arrullado por las voces de Molina; fuera de esa celda ya tampoco podrá hallarlo.

Desde la perspectiva de Valentín, la muerte de Molina puede ser vista como parte de un plan en que la vida (última entrega) es la cuota de ingreso a «la causa». En este sentido, Molina y Valentín retornan al reflejo mutuo del *Doppelgänger*, pues, en sus respectivas esferas, sus conductas sugieren que el acto violento —entendido como negación o destrucción del cuerpo del otro/la otra— es legítimo, o tan siquiera tolerable, cuando se origina (o se hace) en nombre del «amor» o de «la revolución». En un espacio recortado al tamaño de su inexistencia, la muerte de Molina deja otros legados, un vacío ante las opciones que inaugurara para un guerrillero uncido (aún) a sus valores de clase; el lenguaje de un imaginario que ante mujeres-pantera, zombis y actrices, permite huir de esa cárcel; negar la realidad material de los muros, sumirse en los recuerdos cada vez más privados, más encerrados, sin otro receptor que esa imaginada Marta que fugazmente permanecerá junto a él.

Para Puig, la celda con un homosexual y un guerrillero constituyó un escenario ideal para poner en juego su conocida adhesión a la liberación homosexual, para denunciar la violenta represión de la dictadura militar argentina y, yuxtaponiendo ambos elementos, para proclamar el enaltecimiento que otorga esta relación homosexual. Del diálogo constante entre estos prisioneros surge la exaltación de Molina sobre Valentín. Como ya lo indicara, inicialmente ambos aparecen como seres un tanto acartonados y sometidos a patrones de conducta inalterables; paulatinamente ambos acce-

den a la intimidad y a su mutua posesión. Sin embargo, cada uno de ellos permanecerá fiel a su conducta anterior. Hay aperturas y comprensiones y aceptaciones por ambos lados. Pero cuando Molina sale a la calle se reintegra a su ámbito familiar, a sus *locas* y a la reconquista de su mozo. Por su lado, reducido a la celda y luego de los interludios y el impacto de goces inesperados que intentará superar, Valentín permanecerá fiel a su causa para reintegrarse al que siempre fue. Sin embargo, más que diálogo de sordos, éste ha sido el intercambio de compañeros de ruta. A pesar de que uno de ellos ha pagado con su vida la entrega a la causa de «su hombre», su figura desaparecerá con el transcurso de luchas y absurdos desencuentros; quedarán recuerdos de amistad, de solidaria compañía y, lo cual no es desdeñable, de supervivencia frente a la represión.

Es precisamente este último aspecto el que acerca a los bandos que estos personajes podrían representar. Tanto en el nivel de lucha política por la justicia social, así como en el planteo cotidiano y menos ensalzado de una «señora burguesa» que sólo exige ser aceptada por lo que es, los argumentos de Molina y Valentín se despojan de sus diferencias y asumen un frente común contra la represión como doctrina de poder. Sin embargo, cabe subrayarlo, el interés de Puig está centrado en la defensa de la homosexualidad como libre ejercicio que debe ser aceptado por la sociedad. En tal práctica está fundado el discurso científico, de tono objetivo y aparentemente desinteresado por toda expresión partidaria, que caracteriza a las notas al pie —notas que no están integradas al nivel de la narración. Estas responden a la curiosidad inquisitorial que despliega Valentín cuando impugna la homosexualidad de Molina. Desglosadas y recargadas de entonaciones *didácticas*, las notas esgrimen argumentos que Molina sería incapaz de articular frente a los esquemas analíticos de Valentín. También suplen los datos necesarios para salvar las distancias de la incompreensión.

La ubicación de las notas puede y debe ser vista desde la perspectiva de una narración editorial que supervisa la conducta de Molina y eleva la chatura de su representación grupal a una escala científica. El desconocimiento de Valentín de gente de esas «inclinaciones» provee la entrada de tres teorías de D.J. West sobre el origen físico de la homosexualidad, que son inmediatamente refutadas por él mismo. Es decir, el desconocimiento de Valentín no debe ser motivo de sorpresa; la comunidad científica también sigue explorando teorías que no han logrado hacer escuela. Por ello la nota siguiente (pp. 102-03) explora las nociones del vulgo y da una cabida inicial a las teorías psicoanalíticas de Freud. A partir de ese momento, otras notas inauguran explícitamente el uso de la represión como modo para adecuarse a las exigencias sociales. Por ello, las notas siguientes circunscriben las propuestas freudianas, las críticas de Fenichel, la expansión hacia lo social formulada por Marcuse, la legislación antihomosexual dictada por Stalin, a pesar de los desvelos de Lenin por la libertad sexual, y su incorporación como «degeneración burguesa» en las doctrinas de los partidos comunistas (p. 200).

Luego de presentar los postulados de la doctora danesa Anneli Taube, la nota final (pp. 209-11), resume los fundamentos ideológicos que articulan a esta novela: la actitud imitativa de modelos heterosexuales basados en las etapas de aprendizaje durante la niñez es trasvasada a los roles homosexuales junto con los modelos «burgueses» que acompañan las etapas formativas. Agrega la nota: «Este prejuicio y observación justa sobre los homosexuales hizo que se los marginara en movimientos de liberación de clases y, en general, en toda acción política. Es notoria la desconfianza de los países socialistas por los homosexuales.» Esto, continúa, ha comenzado a cambiar en los años sesenta con el surgimiento de los movimientos de liberación femenina que han enjuiciado los roles establecidos para los sexos, y termina diciendo: «La formación posterior de frentes de liberación homosexual sería una prueba de ello» (p. 211). Esta nota está ubicada en momentos en que Valentín ha comenzado a cuestionar sus propias creencias sobre la homosexualidad a partir de la amistad, protección y cariño que le ha prodigado su compañero de celda. En poco tiempo las barreras sociales erigidas por su propia formación burguesa y posterior politización comienzan a ceder. Sin dejar de ser una *loca*, cree, si Molina merece su sexo también merece su confianza.

Al referirme antes a la seducción mutua de Molina-Valentín, no descarté la rapidez de la concientización —el progreso acelerado, dirán otros— de Valentín con respecto a la homosexualidad. Considerando sus perspectivas intelectuales y los modelos analíticos que requiere para solventar cada decisión, las notas parecerían cumplir con una función de trasvasamiento que se desarrolla de forma paralela al encuentro de los cuerpos. Sentimiento y razón, entonces, o si se prefiere, amor y experimentación científica.

A pesar de su trágico fin, Molina no cambió radicalmente. Si murió como heroína de sus propias películas o por dedicación a una «buena causa», su vida no dejó de ser la de la Molina encarcelada por corrupción de menores. Más que exaltar su vida, en el texto se enuncia su decisión de llevar a cabo una sola misión, más bien de cumplir con *un* encargo de confianza. Valentín, por su lado, tampoco está exento de cierta dosis de mediocridad. Si bien su militancia es respetada, sus cuestionamientos ideológicos y declaraciones políticas retumban con los ecos de claustros llenos de humo. En diferentes planos, ambos establecen una relación homóloga frente a sus prácticas. Ambos tratan de conquistar a un adepto, de cambiar en el otro tan siquiera su actitud, de limar algunas de las asperezas que separan a sus visiones de mundo: un guerrillero de tendencias marxistas goza la relación homosexual; un homosexual ajeno a toda politización y a todo interés social muere en un único acto de militancia.

Muerte y tortura son el legado final. También lo es la sensación de un sueño que incorpora el lenguaje y las huidas algodonadas de las pantallas de cine a la realidad concreta e ineludible de la cárcel. El beso de la mujer-araña ha atrapado al hombre; el beso que Valentín le ha dado a la mujer-araña también ha atrapado a la mujer. Y en esa relación nuevamente repitieron esquemas de sumisión y mando, el consabido juego por el poder sobre el otro cuerpo; juego que en una escala siniestra los carceleros llevaron a cabo al subvertir el concepto mismo de «subversión».

No deja de ser paradójico que la liberación de estos dos personajes se produzca en la cárcel. El penal transformado en metáfora de los prejuicios y cerrazones que pueblan y rigen la sociedad sirve para exacerbar la violencia de las relaciones humanas en momentos en que ésta alcanza niveles inéditos. Los diálogos entre Molina y Valentín proclaman que aún el enfrentamiento armado que se lleva a cabo en las calles será incompleto mientras no se destruyan otros prejuicios y otras injusticias sociales.

Es evidente que Puig ha optado por la defensa de la homosexualidad como frente central de su lucha. También lo es que lo ha hecho desde una perspectiva que no la antepone como principio fundamental a todo otro planteo, sino como componente integral para los movimientos de liberación. Si, en efecto, éstos se erigen sobre la base de una verdadera y total liberación, deberán eliminar de su propio seno cláusulas discriminatorias. Que Puig haya abogado por un mayor conocimiento mediante la información científica que albergan las notas podrá molestar a algunos lectores; integradas al texto mismo hubieran producido un desfase mayor, puesto que Molina sólo articula un plano sensible sin pasar a la argumentación intelectual requerida por los sectores que se reconocen en los planteos políticos de Valentín. Pero al hacerlo desde ese plano también sugiere que aún una «señora burguesa» puede denigrar al poder y así aportar, siquiera mínimamente, a su reducción.¹¹ La conjunción de los datos sobre un film de propaganda nazi, que muestra la transformación ideológica de una actriz francesa, con el registro inmovible de los partes policiales argentinos, da lugar a un texto en el que se enuncian los múltiples lenguajes del poder. Se trata, como siempre, de mecanismos de control que reducen la imaginación a instrumento de represión, que transforman las flaquezas y las dudas en claves de posesión, que organizan las voluntades bajo el encuadre de la violencia autoritaria. Frente a ello, parecería sugerir *El beso de la mujer araña*, sólo cabe una respuesta, si bien parcial y endeble: el diálogo directo, sin escamoteos y sin huidas, pues desde la prisión y desde la cárcel de los tabúes y del lenguaje se formula una reiterada apuesta a la bondad del individuo, a la generosa aceptación de algunos hombres/mujeres. ¿Renovado sueño utópico? Quizá, pero sólo desde esta práctica Puig ha tendido los hilos de la araña que permite la salida hacia otras versiones de la jungla.

¹¹ En este contexto es útil revisar el planteo de Ricardo Piglia, «Clase media: cuerpo y destino (Una lectura de La traición de Rita Hayworth, de Manuel Puig), Nueva novela latinoamericana 2, Jorge Lafforgue comp., Paidós, Buenos Aires, 1972, pp. 350-62.

Saúl Sosnowski